

Marcial espera a la mujer que le había despertado en plena noche para contarle sus pesares, como si fuera la única en el mundo que sufría.

¿Tan inocente era como para ignorar el sufrimiento ajeno?

¿Inocente o ignorante?

Para empezar estaba retrasándose.

Aún encima de haberla consolado, ahora le hacía el feo.

¿Cuántas veces a lo largo de su vida las mujeres le habían dado plantón?

Tantas que sería imposible enumerarlas.

De hecho no hubiera acudido a la cita de no haber ido Mónica a buscarle y acompañarle hasta la puerta de Alcalá.

Era su ángel, sin duda cada uno tenía el suyo.

Ella, casualmente, había quedado también a las doce en el Museo del Prado, así que se habían subido juntos al número dos.

El ruido de aquel autobús era uno de los mayores inconvenientes de vivir en su calle, especialmente en un banco, aunque nunca se había imaginado que un buen día podría transformarse en una carroza de cuento de hadas.

Estaba esperanzado, aunque algo nervioso.

El hecho de que el lugar de la cita fuera la apabullante estatua de Alfonso XII no le hacía mucha gracia, ya que le hacía sentirse ínfimo.

Sin duda ése era el cometido de toda obra monumental, rebajar al individuo.

Se preguntaba si cuánto más miserable era el personaje real, más elevado se encontraba en su pedestal tratando de crear de él una ficción, en este caso monárquica.

Él por desgracia era republicano.

Además allí olía terriblemente a meos.

Estaba pensando si debería llamarla, pero no sabía qué hacer.

Ver pasear a todas aquellas familias le animaba, aunque si uno observaba más detenidamente a cada uno de los que allí se encontraban, podía darse cuenta que se trataba de pobres infelices como él.

Entonces decide pasear un poco alrededor del estanque, imaginándose, cómo no, a los dos en una barca.

El cerebro está lleno de imágenes románticas como ésa, se dice.

Suponía que sería morena con melena, como la mayoría.

Todavía no había perdido la ilusión, creyendo que podría producirse un milagro.

La chica no debía ser religiosa porque aquella era la hora de entrar en misa.

Además los católicos no se quejan, sufren y se aguantan creyendo en la recompensa de una vida mejor en el más allá.

Seguro que Mónica sí había encontrado a su príncipe azul, que estaría esperándola con una rosa en la mano.

Se pregunta si ella nada más verle averiguará que es un sin techo.

Lleva un abrigo de cuero largo bastante elegante que le habían dado las de la caridad.

De hecho nunca antes había ido tan bien vestido.

Por alguna razón se sentía como un personaje de una novela romántica.

Además hacía una mañana espléndida.

El estanque se reflejaba en sus ojos verdes, tan claros y puros que precisamente por eso muy pocas personas estaban dispuestas a mirarse en ellos, pues les resultaban inquietantes.

Uno está acostumbrado a las miradas turbias, que son garantía de éxito y poder.

Ya había paseado un buen rato, así que decidió regresar al lugar de la cita.

A pesar de no encontrar a ninguna mujer con un pañuelo rojo al cuello, decide seguir esperando a su Godot.